

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

MEDITACIÓN

Los periódicos hablan mucho estos días de cierto hermano Juan, especie de santo penitente que en el Hospital general practica las mayores mortificaciones y realiza los actos de caridad más estupendos venciendo y pisoteando sus sentidos. Al leer esto creemos que se proyecta en el suelo la sombra de un edificio ojival, acabado de construir, y que por un camino erizado de peñascos y precipicios nos dirigimos, con la esclavina de conchas al hombro, á Compostela en peregrinación ó á Roma á ganar el Jubileo magno... No en balde estamos en Semana Santa, tiempo de meditación religiosa.

Para que nada falte á la leyenda del hermano Juan, nos enteran también los mismos periódicos de que su conversión fué originada por un rudo desengaño amoroso. La figura del penitente se poetiza y se agranda. No es un Sutayef, un mujik ignorante, tocado de la gracia divina, como la orza de barro es herida por el rayo de sol; es un espíritu culto, un San Pablo para quien el camino de Damasco estaba dentro de su propio corazón, en las honduras y repliegues del sentimiento... Una especie de *Don Alvaro* á la moderna.

Bien mirado, el número de contingencias, en la vida, es reducido; las combinaciones de este ajedrez están contadas y limitadas de antemano. Lo rico y variado es lo que luego se determina y produce en el plástico fondo del sentir. Descarnados, los hechos, poco ó nada significan. Que el golpe de un hecho caiga sobre un alma ó sobre otra, ¡cuán distintos los resultados, cuán diferentes las consecuencias! La desigualdad profunda es la desigualdad psíquica: reños de la de estaturas, colores y pelos, fortunas, clases y nombres.

El mismo desengaño del hermano Juan (si aceptamos la versión de los periódicos y damos ese origen á su conversión y vocación), ¿qué hubiese producido en otro hombre? Pasajera desazón, amarga risa, extremos de furor, tal vez actos de violencia, encenagamiento en la crápula..., lo previsto. En él, por ser él, tomó otra forma: la suya. En la hagiografía franciscana encontramos de estos casos: Jacopone de Todi, convertido á la locura de Cristo por el espectáculo del cuerpo inerte de la mujer amada. ¡La locura! ¡Cuánto y cuánto se presta á meditaciones esta palabra! El hermano Juan, según le describen los que le conocen (yo ni le he visto nunca ni tengo de él personales referencias), parece en ocasiones algo loco; pero es su demencia demencia de amor, y puede repetir, con el extático franciscano:

In fuoco amor mi mise...

No habiendo ya leprosos (al menos en el Hospital general de Madrid, que en otras partes sí los hay), el hermano Juan prefiere y busca á los atacados de males no menos repugnantes; á los variolosos, por ejemplo. Suyo es el privilegio de limpiarles, de mudarles, de servirles la comida, de vestirse luego su ropa... Ved aquí la locura poética, calificada en este detalle. — No dicta la locura poética lo útil sólo: lo útil, cualquier enfermero bien adiestrado lo hará. Lo bello es lo superfluo, el lujo sentimental, la flor del espíritu. Para asistir correctamente á los variolosos no hace falta vestirse su ropa. Hay más: el vestírsela encierra peligro, y peligro sin necesidad arrostrado. Si llego á las últimas consecuencias de este razonamiento, diré que ni aun variolosos debe haber, dentro de la civilización que en primer término se precia de las conquistas de la higiene. Parece que ya en Alemania va siendo desconocida la

viruela. — Para el ansia de abnegación, para la exaltación del hermano Juan, de cierto es preferible que la viruela exista y haga estragos. El dolor humano, que será infinito aunque la ciencia seque algunos de sus manantiales, acaso no los más hondos, es un océano en que se complacen en sumergirse los que, como el hermano Juan, han visto á la luz de un relámpago la cifra del existir, y no la aceptan, sino transitoriamente, á condición de que se realice en la esfera de su ideal.

Para el hermano Juan, el ideal está en la fiebre de caridad que le abrasa. Su alma necesita llenar con algo el tremendo vacío, y lo llena así, de amor, de locura, de *eso* que se bebe en el vaso del Santo Grial, donde José de Arimatea recogió la preciosa Sangre. ¿Creéis que un hombre es más desdichado que otro porque habita en un zaquizamí, limpia á los variolosos, come de sus sobras? Error, el gran error de este siglo; el culto del goce material. — Si hay en algo verdadera alegría, dijo San Francisco, es en el desasimiento, en la serenidad interior, en la pobreza voluntaria. Es el *giubilo* franciscano, la alegría peculiar de los verdaderos Menores, el acorde de la cítara con que el ángel suspende y embelesa al solitario, tendido sobre su estera. ¿Que esto es para pocos? ¡Ya lo sé! Aun en el siglo XIII, escasos debieron de ser los que sintieron adentro, adentro, correr la fuente de puros cristales, florecer el maravilloso jardín.

Para pocos: y sin embargo, de tiempo en tiempo nos convencemos de que es para algunos. — No ha mucho murió un hidalgo, un señor rico y noble, que tenía familia y casa, toda la exterioridad de la altura social. Por dentro, era franciscano. No había pronunciado voto alguno; no llevaba hábito, ni cerquillo, ni escudo siquiera; pero allá en lo más escondido de su bien alhajada y cómoda mansión, existía un cuartito convertido en celda, un lecho-tarima, un asientó duro é incómodo, y sobre una mesilla humilde, una calavera... Y este hombre, en público, jamás dejó transparentarse su regla interior; la ocultó como hubiese ocultado un delito. A su alrededor sentía la nieve de la indiferencia y del descreimiento, la brutalidad de los apetitos desencadenados en tropel, la burla insípida, todo lo que acarrea la colectividad, para ahogar la afirmación del individuo; y en su celda se refugiaba y allí era donde *vivía* realmente, despierto del sueño confuso de su otra vida falsa, convencional, adaptada á las ajenas. También él podía exclamar, al cruzar los umbrales de su celda y encontrarse en el torbellino: «¡Mi *yo!* ¡Que me roban, que me arrebatan mi *yo!*»

Y el caso es que no deseo conocer al hermano Juan, que me ha sugerido todo lo que acabo de escribir, propio del santo tiempo en que nos encontramos. — Es posible, es hasta probable, que conocer á este y á cualquiera de los seres en quienes creemos que arde una chispa de la divina hoguera, nos robe esa partícula de luz. Verles en nosotros mismos, ¿no valdrá más? ¿Qué sería San Juan de la Cruz? ¿Qué Santa Teresa? ¿Qué San Francisco? Su presencia, ¿confirmaba ó destruía la especialísima irradiación de su voluntad inspirada? Debemos creer que sería lo primero, porque tales seres, ya huellan las praderas celestiales, ya tienen nimbo, ya están fuera y por cima de nuestra especie, entre piélagos de luz y raudales de armonía. Pero al que todavía pisa el fango de la tierra — como el hermano Juan, — más vale no tratar de conocerle, dejarle en su hornacina, respetar su ensueño; hasta se me figura que el rasgueo de las plumas sobre el papel puede alterar la serenidad interior á tanta costa adquirida. Las plumas, indiscretas, curiosas, exageradas, me producen, en esta clase de asuntos, el efecto de moscas, de negras moscas que dejan rastro negro. Si en efecto el hermano Juan ha recibido la visita del ángel; si en su alma se ha realizado eso que llamamos *conversión*, fenómeno mal estudiado y digno de tanto respeto, las «instantáneas» de la prensa, donde aparece al lado del autor del «crimen de ayer», son una especie de delito. Esas cosas no se retratan más que en tabla, sobre fondo de oro, con los pinceles de un Tadeo Gaddi ó de un Gicinta Pisano.

Bien mirado, sería inexplicable que no quedasen retoños y brotes de la vieja cepa de nuestro misticismo. No se arrancan con tanta facilidad las vastas raíces del cortado tronco. Llegaba muy á lo hondo; estaba muy nutrido con los jugos de nuestra tierra,

para que de vez en cuando no arroje un renuevo vivaz. Era una fuerza, una corriente, uno de nuestros modos de ser; forma de nuestro espíritu. Más que la aparición de individuos como el hermano Juan, me sorprende no haber encontrado, en toda mi vida, sino dos ó tres que se le asemejen, y en quienes no hallo señales ni rastros de humano interés, comprobando en cambio los signos característicos de la sublime locura. ¡Dos ó tres! Es poco. — Y sin embargo, ya recuerdo, y puede recordar todo el que cuente algunos años, tanta gente, tal serie de figuras que pasan, dejando una impresión de conjunto, un chispazo de luz ó un toque de sombra. — No vale forjarse ilusiones, no vale engrosar la lista con nombres dudosos. Dos ó tres... Lo indispensable para que no me parezca que el tronco se ha podrido completamente, perdiendo el último jugo vital.

Una de las tres almas que he conocido que me hayan recordado la Edad Media, era un alma de mujer. No quería entrar monja: acaso llegase á quererlo más adelante, cuando perdiese á su madrastra, enferma, á la cual asistía como asistían los ángeles, si hay ángeles enfermeros. Lo que sucedía á Laura — la llamaré así porque, aunque sus ojos se hayan cerrado para siempre, debe respetarse el pudor de su santidad hasta más allá de todo límite. — Laura tenía veinticuatro años cuando la conocí, y casi diría la adiviné; sus amigas no sospechaban todo lo que había debajo de aquel hábito del Carmen. No era muy rezadora, ni asistía á muchas funciones y solemnidades religiosas; no era triste; ostentaba, al contrario, esa alegría extraña y constante de ciertos bienaventurados de leyenda. ¿Latía algún recuerdo, algo dramático personal en la historia de Laura? Decían que su padre se había suicidado, pero era difícil comprobar la verdad de este hecho, pues sólo constaba su desaparición; una tarde salió de paseo, y jamás volvió, ni se tuvo de él la menor noticia. La madrastra y la hijastra quedaron solas, pobres, el empleo del padre era el único recurso de la familia; y cada vez que la madrastra sacaba la conversación dolorosa, formulaba la eterna interrogación al destino, Laura respondía apaciblemente:

— Déjelo usted... Eso, allá Dios.

Diez años duró la asistencia... y terminó, no por la muerte de la asistida, como pudiera creerse, sino por la de la enfermera. ¿La mató la fatiga? ¿Las privaciones minaron su organismo? ¿Secreto dolor consumió la obra de la naturaleza? No lo sé. La enferma, la madrastra, vivió todavía cuatro ó seis años más, encamada siempre, siempre anunciando que se acercaba su última hora..., y á Laura, en cambio, la vimos hasta la víspera del día postrero en pie, con su vaga sonrisa de estatuilla gótica que adorna un sepulcro, con la calma de su lisa frente, con la paz infinita de sus ojos oscuros, con la visible tensión de su voluntad hacia el blanco del sacrificio. Una mañana supimos que se le había roto dentro algo, no sé qué resorte de los que la vida tiene que hacer funcionar normalmente...

Al desnudarla para socorrerla se vió que llevaba cilicio de cuerda, pegado al cuerpo. Pero el cilicio del alma, ese, ya comprendía yo que no se lo quitaba nunca.

EMILIA PARDO BAZÁN.